

956

SUPLEMENTO CULTURAL

el tlacuache

CENTRO  INAH MORELOS

Viernes 23 de octubre, 2020



**Un discurso
cronológico
de la tradición
teotihuacana**

Jaime F. Reséndiz Machón
Giselle Canto Aguilar

El presente artículo, pretende ser el primero de una serie, en la cual se comenzará a estudiar el código de representación teotihuacano, a través de las piezas que pueden proceder de esta urbe y que forman parte de la colección Leof – Vinot. Colección particular comenzada desde los años cincuenta tal como se menciona en el número 942 de esta colección y que actualmente se encuentra bajo el resguardo del INAH. Desafortunadamente, las piezas carecen de procedencia ya que no fueron obtenidas a través de exploraciones arqueológicas, sin embargo, es posible darles un contexto histórico con base en sus características las cuales permiten asociarlas a una cultura particular.

Contexto histórico

La gran urbe de Teotihuacán es sin lugar a dudas un parangón de la civilización mesoamericana. Fue la ciudad más grande de toda Mesoamérica y cuya influencia es registrada para regiones tan lejanas como Copán, Monte Albán, Tikal y la Costa del Golfo.

Los comienzos de esta gran urbe son tres pequeñas aldeas que ocuparon el valle de Teotihuacán para la fase Cuanalán (500-150 a.C.). Para este momento, Cuicuilco dominaba las tierras fértiles del sur de la Cuenca a orillas del lago de Xochimilco y cuyo principal monumento era la gran pirámide de planta circular que debió tener la dominancia visual a varios kilómetros a la redonda y que es la directa antecesora del gigantismo arquitectónico que dominará a mesoamérica durante éstos y los siguientes 400 años. A consecuencia de la erupción del Xitle, para el 150 a.C. Cuicuilco debe ser abandonada y la mayor parte de la población del sur de la Cuenca, abandonaron sus asentamientos para buscar refugio en las seguras tierras del valle de Teotihuacán. De tal manera, para la fase Patlachique (150 – 1 a.C) las pequeñas aldeas se vieron convertidas en un gran asentamiento de 35,000 habitantes que en menos de 150 años tenían que ser organizadas, alojadas, alimentadas y ocupadas. Para esto, la sencilla organización de tres aldeas interrelacionadas debió

modificarse para poder integrar a una naciente sociedad formada por una población pluriétnica; y es en esta fase donde debieron comenzar a construirse la confederación de grupos que permitió la formación de estructuras sociales que le dieron una nueva identidad al naciente grupo social.

Para la Fase Tzacualli (1 –150 d.C.), el naciente estado comienza la construcción de un gran proyecto constructivo de características ciclópeas, la construcción de las Pirámides del Sol, la Luna y la llamada por los mexicas Calzada de los Muertos. Para esta construcción, se retomó la existencia de cuevas naturales que debieron servir como santuarios de las fuerzas telúricas desde la fase Cuanalán. Estas estructuras permiten observar la manifestación de un núcleo duro mesoamericano donde la pirámide es un cerro artificial siendo éste el lugar donde se guarda la humedad, el espíritu de las plantas y las entidades protectoras de los grupos. Así mismo, la pirámide se convierte en este pilar del mundo, árbol cósmico que tiene sus raíces en las cuevas, lugares del inframundo, de las criaturas húmedas y frías para conectar y soportar la bóveda celeste, donde se encuentran las fuerzas calientes y luminosas. El flujo de las energías calientes y frías permite la creación de un tiempo y espacios sagrados, lo que convirtió a la ciudad en una Tollan; de tal manera se convierte en una ciudad de la cual emana la verdadera autoridad, designio de los dioses.

La explotación de las minas de obsidiana en las cercanías, la construcción de terrazas,



Cerámica Cuanalan.



Pirámides del sol y la luna.

un clima favorable que permitió el sembradío de temporal, dio a la naciente urbe el suficiente excedente económico para la realización de estas grandes obras arquitectónicas y la manutención de una creciente población de especialistas dedicados a la producción de bienes de intercambio, personas dedicadas a la construcción de grandes obras, así como la existencia de aquellos dedicados a la administración y culto, lo que consolidó a esta confederación y comenzó la reproducción de la nueva ideología que fue el hilo conductor que permitió la unificación de poblaciones de diferentes orígenes y que demuestra un férreo control del pensamiento evitando las posibles divergencias a un dogma central.

La siguiente fase que abarca las etapas denominadas Miccaótlí y Tlamiminolpa temprano (150 – 300 d.C.) corresponde al momento de la construcción de la Ciudadela, el Gran Espacio y su obra mas bella, la Pirámide de Quetzalcóatl.

En este edificio, los tableros presentan grandes serpientes emplumadas, Quetzalcóatl, el

cual representa de por sí, la unión de los opuestos, siendo una serpiente, la fuerza telúrica, recubierta con plumas de quetzal, que representa la fuerza celeste. Esta deidad porta en su cuerpo la cabeza de un caimán o Cipactli, el cual lleva un tocado del signo del año; es decir, la serpiente emplumada traslada al portador del año Cipactli, el cual es el primer signo del calendario. De tal manera, podemos imaginar, retirando la arquitectura, una montaña —el cerro/pilar del universo— que está formada por una deidad que es la reunión de las fuerzas del universo, las calientes y las frías y que lleva en sus lomos el inicio y el fin del calendario, por lo que transporta el tiempo. Arrastrados por el tránsito de las serpientes, y del tiempo que portan, aparecen elementos acuáticos como conchas y caracoles, de tal manera, a través del tiempo que forma el universo, el cual existe por el movimiento consciente de la unión de los opuestos, se desplazan las aguas, dadoras de vida. Todas estas alegorías, a su vez, estuvieron delimitadas por cintas rojas, calientes, cubiertas de chalchihuites, de cuentas de piedra verde que también son agua, pero fosilizada. Así las aguas y el fuego, forman

la montaña preciosa que no es otra cosa que el devenir de los días, del tiempo, del calendario, del tránsito de los dioses que conforman el universo.

Junto con ésta, se comienza la construcción de La Ciudadela, que restringe el acceso a la Pirámide de Quetzalcóatl. Durante el proceso de construcción, se encontró una serie de ofrendas monumentales consistentes en entierros múltiples de personas sacrificadas y vestidas con atuendos que han sido definidos como guerreros.

Sin embargo, debemos observar que este proceso también es un rompimiento con el pensamiento de la fase anterior. El centro de la ciudad se desplaza del área de las grandes pirámides, para conformar un nuevo centro, cuyo vértice será la Pirámide de Quetzalcóatl, en oposición a las grandes pirámides que muy probablemente, estaban asociadas a Tláloc y su contraparte femenina. Se tiene evidencia que la propia Pirámide del Sol fue decorada con mascarones de Quetzalcóatl similares a los de la pirámide en los edificios que fueron adosados a los grandes basamentos. Lo que se observa en el registro arqueológico probablemente fueron consecuencia de fuertes cambios ideológicos en referencia al culto de una deidad específica con respecto a otra; aunque ésto no fue lo suficientemente fuerte para acabar con la cohesión de la ciudad y se realizó dentro de los

parámetros del propio sistema ideológico.

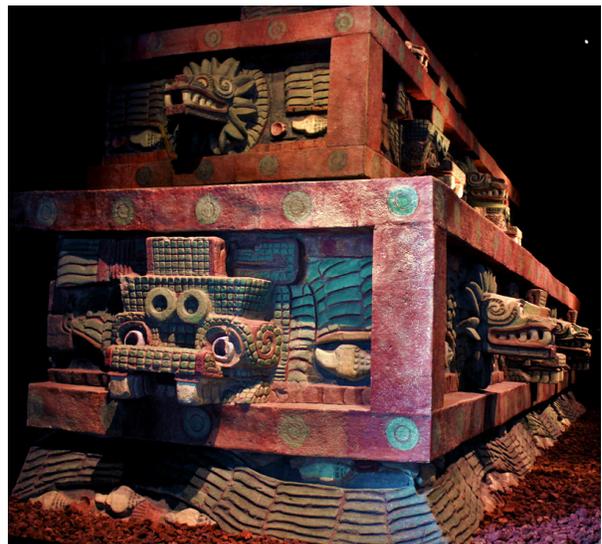
Para este momento, comienza la interacción de Teotihuacán con las otras grandes urbes, especialmente Cholula y Monte Alban. Así mismo, inicia la consolidación de la red de intercambio, lo que implicó el control de yacimientos de materia prima, así como la producción y distribución de bienes de estatus así como de productos de obsidiana.

La fase Tlamiminolpa tardío y Xolalpan (300-550 d.C) corresponde al momento de mayor expansión y gloria de la ciudad, la cual es completamente transformada con la construcción de múltiples complejos habitacionales, así como una nueva transformación ideológica, donde el culto a Tláloc como señor de las fuerzas calientes y frías, señor del año y del rayo, sustituye hasta casi desaparecer el culto de Quetzalcóatl, cuya pirámide y templo fueron enterrados.

De tal manera, la deidad "Tláloc" se divide en dos advocaciones claramente diferenciadas. Una de ellas —la caliente— porta el tocado del año, lo que le convierte en el señor del tiempo y el devenir de los astros, asociado a la sangre y el sacrificio, y la otra, —la fría— asociada al rayo, la lluvia, la fecundidad y el agua. Esta constancia por las dualidades complementarias, le permitieron al estado teotihuacano establecer un discurso que permitía integrar a su población pluriétnica en oposición a



Cerámica Miccaotli Tlamiminolpa.



Reproducción de la Pirámide de Quetzalcóatl.



Cajete Xolalpan.

una dualidad radical y maniquea que conduciría inevitablemente a la construcción de un “nosotros” excluyente, ajeno a la realidad teotihuacana.

Es muy poco lo que se sabe respecto a la forma de gobierno de la gran urbe. De hecho, las hipótesis que se tienen no vienen tanto de lo que se encuentra, sino de lo que no podemos encontrar asociado al estado teotihuacano. Ya desde el final de la civilización olmeca, alrededor del 800 a.C., el prestigio se construye a partir de cierto culto al gobernante, las cabezas colosales y las estelas dan fe de esto. Este tipo de discurso continuó en lugares como Monte Albán y especialmente en el área maya. La representación de los gobernantes realizando hazañas heroicas de conquista, su matrimonio y muerte suelen ser muy comunes. Sin embargo, en Teotihuacán no existe ni un palacio de un gobernante como tal, ninguna tumba real, no hay estelas que permitan establecer una dinastía gobernante. Las representaciones de esta época corresponde a personajes anónimos cuya importancia y función social se muestra por sus atavíos, no por su nombre o linaje.

De tal manera, el aparato estatal es más importante que la persona que ostenta el cargo, aunque estos personajes anónimos resultaron ser fundamentales para legitimar dinastías y personajes concretos en otras regiones de Mesoamérica. Al parecer, además del control sobre las redes de intercambio, Teotihuacán tuvo un fuerte control sobre el prestigio y la legitimación de gobernantes en áreas tan lejanas como Tikal. De la misma manera, si bien hay una constante representación de personajes armados y haciendo rituales con corazones sangrantes en las unidades habitacionales teotihuacanas, poco se observa a nivel arqueológico que permita establecer la existencia de grandes ejércitos teotihuacanos que hayan impuesto su voluntad a la manera de los mexicas. Por el contrario, su dominio fue económico e ideológico.

Se tienen registros de embajadas teotihuacanas a lugares como Monte Albán, Tikal, y Cobá. Los bienes de prestigio teotihuacanos aparecen por toda Mesoamérica, llegando hasta Chalchi-



Mural Xolalpan

huites en Zacatecas, al sur hasta Honduras y a ambas costas. Para las sociedades que convivieron con la gran urbe, era indispensable formar parte de esta red de intercambio que les permitía no sólo acceder a bienes que de otra manera les sería imposible, sino que podían contar con el enorme respaldo ideológico que la gran urbe prestaba a los linajes dirigentes que le apoyaban, ya que se convirtió en el lugar del cual emanaba la verdadera sacralidad y autoridad para gobernar.

La fase Metepec (550-650/700) corresponde al declive del estado teotihuacano. Esta fase comienza con un gran incendio en los barrios centrales, que se ha interpretado como una rebelión por parte de los artesanos dedicados a la producción de bienes suntuarios. Si bien el evento logra ser controlado de alguna manera, es evidente que el prestigio y aún la propia capacidad de producción y control se ven severamente comprometidos. Por otra parte, una sobreexplotación que comienza desde las fases anteriores, termina por agotar los recursos del valle, acaba con un

ecosistema que originalmente era un bosque de pino-encino, terminando con las tierras fértiles y dándole al paisaje el aspecto árido que hasta la actualidad conserva. Es evidente que la crisis ambiental, de recursos y política puso en entredicho la totalidad del discurso legitimador de las élites teotihuacanas tanto al interior como en el exterior. Un nuevo periodo de sequías, hace que colapsen las grandes urbes del área maya contemporáneas a Teotihuacán y comienza el surgimiento de nuevos centros urbanos que no necesitan la legitimación de la gran urbe. La ciudad pierde su carácter cosmopolita, aunque conserva cierta influencia regional hasta el final de este periodo. Al mismo tiempo, las rutas comerciales comienzan a colapsar, permitiendo el surgimiento de nuevos centros regionales para el final de la época. Así al final de la fase Metepec, y después de un segundo gran incendio, hay un abandono de la ciudad, donde la clase gobernante se integra a las nuevas ciudades del Epiclásico, cargando con ellos una ideología atávica en conflicto con las nuevas realidades.

El código de representación teotihuacano

Tal como lo menciona Kubler en su estudio del arte teotihuacano donde considera que éste proviene de la tradición olmeca; este antecedente se observa en la forma de expresar conceptos que fueron definidos desde un “núcleo duro” que arranca como tal desde el periodo olmeca. Sin embargo, debemos establecer que el código de representación olmeca en la cuenca de México se encuentra exclusivamente en la cerámica a partir de los años 800 a.C. sin que se tenga representaciones labradas o esculturas con estos elementos, ya que en esta región la clase dirigente justificó su existencia por otros medios, diferentes a los del resto de los grupos que conservaron el código de representación olmeca hasta fechas más tardías. La tradición escultórica del Altiplano, estará asociada al dios Huehuetéotl y éste aparecerá hasta momentos muy tardíos, propiamente Cuicuilco, y su culto se conservará en Teotihuacán .

Sin embargo, tenemos lugares donde el código de representación olmeca se mantuvo hasta fechas más tardías, como es el caso de la Costa del Golfo, donde la sociedad epiolmeca continuó utilizándolo hasta la llegada de la influencia teotihuacana. Así mismo, en el área Maya y en Oaxaca, se tienen elementos del Preclásico Tardío que son fieles continuadores del código, aunque, debido a su propio interés de manifestar su propia idiosincrasia, fueron transformados según sus propias necesidades. De tal manera, en el área Maya se puede observar cómo se continuó con la tradición de la “cuenta larga” que aparece en los monumentos epiolmecas como la Estela C de Tres Zapotes y la figurilla de los Tuxtles. Por otra parte en San José Mogote y Monte Albán, se observa una continuidad del código olmeca en los vasos efigie y que continuará con monumentos más tardíos como en el Monumento 3 y, siguiendo a Alfonso Caso, en el edificio de Los Danzantes.

Así, como se mencionó en el apartado de contexto histórico, las relaciones de Teotihuacán con los valles centrales de Oaxaca comienza desde una fase tan temprana como Miccaotli—



Estela 32 de Tikal con personajes teotihuacanos.

Tlamiminolpa Temprano, evidencia de esto es la fundación del barrio oaxaqueño, la presencia del tocado del año tipo Monte Alban en la Pirámide de la Quetzalcóatl, como en la presencia de oaxaqueños enterrados como ofrenda en esa misma pirámide. Por lo que es explicable que en el código de representación teotihuacano se tenga tanto cargadores del año, como glifos de los días que provienen del código de representación zapoteco. Mientras que, en el momento de contacto con los grupos mayas, el código de representación teotihuacano estuviera plenamente consolidado, por lo que no se observa la adopción de elementos del código maya.

Así mismo, el gobierno teotihuacano es muy diferente al gobierno que se observa en la región de Oaxaca, —posibles reyes que muestran en sus monumentos tanto el origen de su linaje, como las conquistas realizadas por ellos mismos, lo que implica cierto culto a su persona para justificar su



Estela Zapoteca en barrio Teotihuacano.

estatus— Mientras que en Teotihuacán, como ya se mencionó, no se tiene representaciones de un gobernante en específico, tampoco se tiene representaciones de campañas militares o conquistas.

De tal manera, los ejemplos más tempranos del código de representación en Teotihuacán corresponden a la Pirámide de Quetzalcóatl, ya descrita, el Templo de los Caracoles Emplumados y el Templo de la Agricultura, donde las representaciones de personajes son casi nulas (salvo en el Templo de la Agricultura) y se da preferencia a las representaciones de aves, animales fantásticos y divinidades. No será sino hasta la siguiente fase Tlamiminolpa Tardío – Xolalpan, donde la representación de dioses antropomorfos y de personajes anónimos con símbolos de poder que estarán realizando rituales, muchos de ellos especialmente sangrientos. En el caso del mural del Tlálocan, se puede observar a una multitud de personajes,



Cajete Metepec.

todos anónimos, disfrutar de los placeres de un paraíso acuático y nadando o realizando juegos y danzas, muchos de ellos cantando alabanzas a los dioses. Serán característicos los elementos de las advocaciones de Tláloc, y los embajadores representados en Monte Albán, Tikal o Copán llevarán las anteojeras y los tocados de Borlas, elementos de poder que se repetirán constantemente en las paredes de las unidades habitacionales. No se tiene registrado elementos o fechamientos calendáricos asociados a la arquitectura, aunque son frecuentes las representaciones en cerámica y se han encontrado clavos arquitectónicos con signos de los días, es probable que estuviera a su vez acompañados con numerales para poder establecer fechas calendáricas. El tocado del año, que en la Pirámide de Quetzalcóatl tiene características de Monte Albán, para la siguiente fase se le representa de frente, con el vértice y la base encontrados, ya diferente al oaxaqueño.

Como se ha presentado, los elementos que se conservan del código de representación teotihuacano, pintura mural y escultura, tenían como principal objetivo sacralizar los espacios. Así como los grandes basamentos sacralizaban la totalidad de la ciudad, los templos de cada unidad doméstica y los murales que decoraban sus paredes, permitían establecer una epifanía entre el tiempo y el espacio sagrado con cada una de ellas, repitiendo los rituales y estableciendo la conexión con las divinidades que aparecen una y otra vez en los muros. Haciendo de la totalidad de los es-

pacios, lugares sagrados por derecho propio, donde se lleva una vida "real y plena" en diferencia a los espacios profanos cuyo tiempo y espacio eran menos verdaderos.

Así mismo, esta constante repetición de rituales, dioses árboles cósmicos y sacerdotes, remarcaban el culto estatal, el cual trataba de establecer una ideología compartida entre las diferentes etnias que poblaban la ciudad, otorgándole un sentido de unidad a una comunidad pluriétnica.

Para saber un poco más.

Caso Alfonso. Las estelas zapotecas. en *Obras del México Antiguo. Vol. 2. Mixtecas y Zapotecas*. El Colegio Nacional. México. 2003.

Caso, Alfonso. El paraíso terrenal en Teotihuacán. en *Cuadernos Americanos* No. 6. Vol VI. pp. 127 - 136. 1945

Kubler, George. The iconography of the art of Teotihuacan. Dumbarton Oaks. Washington D.C. 1967

López Austin Alfredo y Leonardo López Luján. Segunda Edición. El pasado Indígena. Fondo de Cultura Económica/ Colegio de México. México. 2001

López Austin, Alfredo., Leonardo López Luján., y Sugiyama, S. El templo de Quetzalcoatl en Teotihuacan. Su posible significado ideológico. en *Anales Del Instituto De Investigaciones Estéticas*, 16(62), pp. 35-52. 1991

Rattray, Evelin C. Teotihuacan. Serie Arqueología de México. Instituto Nacional de Antropología e Historia/ University of Pittsburg. EEUU. 2001.



Editor de este número:
Giselle Canto Aguilar

SUPLEMENTO CULTURAL
el tlacuache
CENTRO  INAH MORELOS

**Órgano de difusión de la
comunidad del INAH Morelos**

Consejo Editorial
Erick Alvarado Tenorio
Giselle Canto Aguilar
Eduardo Corona Martínez
Raúl González Quezada
Luis Miguel Morayta Mendoza
Tania Alejandra Ramírez Rocha

*El contenido es responsabilidad
de sus autores.*

Karina Morales Loza
Coordinación de difusión

Paola Ascencio Zepeda
Formación y diseño

Apoyo operativo y tecnológico
**Centro de Información
y Documentación (CID)**

Sugerencias y comentarios:
difusion.mor@inah.gob.mx

Crédito foto portada:
Pirámides del sol y la luna

Centro INAH Morelos
Matamoros 14, Acapantzingo,
Cuernavaca, Morelos.



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

